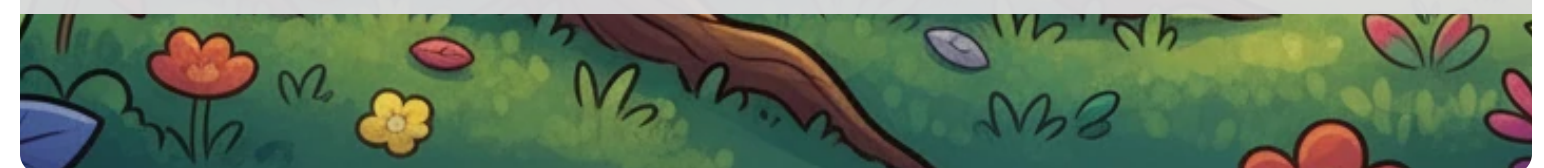




Mudito y la Oreja Diferente

Nieves Sanchez





En un bosque de flores brillantes, vivía Mudito, un osito de pelaje suave y ojos chispeantes. Su oreja derecha era un poco diferente, tiernamente doblada, pero no le dolía ni le causaba tristeza. Solo era parte de lo que lo hacía único.



Mudito era un osito muy alegre que hablaba con fluidez, cantaba melodías hermosas y contaba los chistes más divertidos. Su frase favorita era: «¡Vamos a jugar!», dicha con una sonrisa contagiosa. Le encantaba la diversión y la compañía.



Pero cuando Mudito veía a otros animalitos, su alegría se desvanecía y se quedaba en silencio. Tocaba su orejita, miraba al suelo, y pensaba: «¿Y si no quieren jugar conmigo por mi oreja?». Su timidez lo envolvía.



Un día soleado, el conejito Saltarín saltaba y saltaba con desesperación, intentando alcanzar una manzana roja en lo alto de un árbol. «¡Uy, uy, uy! ¡No llego!», gritaba, mientras Mudito lo observaba desde detrás de un frondoso árbol.



El corazón de Mudito latía fuerte: «¡Pum, pum, pum!». Quería ayudar, quería hablar, quería unirse a la diversión. Una batalla de valor y miedo se libraba en su interior, mientras deseaba con todas sus fuerzas acercarse a Saltarín.



Tomando una respiración profunda, Mudo tocó su oreja rota con un gesto de determinación. Lentamente, salió de detrás del árbol, dando pequeños pasos. «Yo... yo puedo ayudarte», dijo con una voz suave pero firme.



Saltarín se giró, miró a Mudito y su orejita, y una gran sonrisa se dibujó en su rostro. «¡Qué bien! ¡Eres muy alto! ¿Me ayudas?», exclamó el conejito, sin un ápice de juicio en su voz, solo pura alegría.



Mudito, sintiendo un nudo de felicidad, empujó el árbol con cuidado, y la manzana cayó directamente en las patas de Saltarín. «¡Gracias, Mudito!», gritó el conejito, invitándolo a jugar con él y con otros amigos que se acercaban.



Los ojos de Mudito se abrieron de par en par. «¿Con... vosotros?», preguntó, incrédulo. La ardilla añadió: «¡Claro! Nos encanta cómo cuentas chistes». El ciervo dijo: «Y cómo corres». El pajarito añadió: «Y cómo ayudas.».



Mudito se quedó inmóvil, comprendiendo. Nadie se reía de su oreja ni la señalaba. Sus amigos veían su risa, su alegría y su gran corazón. Empezó a reír, tan fuerte y feliz, que su risa llenó todo el bosque, entendiendo que las diferencias no importan, solo el corazón que tenemos dentro.